LA BELLEZA EN LAS MUJERES DE CERVANTES

Cervantes fué siempre un entusiasta admirador de la belleza, y según él la más perfecta hermosura natural es la de la mujer hermosa. Teoría cervantina, ciertamente, nada extraordinaria, pues lógicamente a todos los observadores ocurrirá lo mismo. Mas como él es el padre de los ingenios españoles y su pensamiento es considerado como sentencia, bueno será investigar en sus obras cuáles han de ser los elementos de esta belleza y cómo se unen entre sí para que su ideal logre la cumbre y la meta de esta teoría. Todavía la historia y los hombres no se han puesto de acuerdo acerca del modelo o norma de esta hermosura. Su gusto es variado y discrepante, y desde la Venus griega hasta la etiópica se produce una escala de bellezas tal, con sus múltiples facetas de castas y colores, que no es posible determinar un canon propiamente dicho. La razón imperante es la educación de los sentidos, y lo que en unos es cifra y suma de la beldad más atractiva, en otros es el frío y la indiferencia de una vulgaridad aplastante. Difícil sería pretender que un esquimal o un chino juzgase las mismas galas de la hermosura que un europeo civilizado.

Bretón de los Herreros, aquel conocido escritor cómico del siglo XIX, moratiniano y costumbrista, nos dice en *Quién es ella*, su comedia breve de 1837, que la mujer es la clave de la vida humana, y haciendo intervenir a Quevedo, termina afirmando con sarcástica ironía que ella

es el animal más lindo
que Dios crió en este mundo.

Remontándonos a los poetas y escritores del tiempo de Cervantes, e inquiriendo lo que ellos opinaban sobre este particular, observamos claramente que el color rubio de los cabellos alcanzaba gran privanza. En las descripciones y pinturas que profusamente hacen de sus damas, reales o ficticias, derrochan el oro a manos llenas, y de ordinario las vemos competir con el sol en bizarría y esplendor de sus abundantes, sueltas o trenzadas crenchas. Rubias eran las heroínas de los poemas, entonces más corrientes. Angélica, la dechado de hermosura en *El Bernardo*, tenía

de la color del día sus cabellos,
del alba y de la luz las cejas bellas;

y la hija del conde Jofre de Barcelona, aquella de *El Monserrate* de Virués, que causa terrible tentación al ermitaño Garin, era también rubia, pues dice el poeta en su canto II de octavas reales:

ya las madejas de oro le tocaba,
temblándole las manos temerosas.

Multitud de pasajes podrían citarse de comedias, novelas, romances, sonetos y letrillas, para probar que los cabellos rubios eran elemento indispensable en la mujer que quisiera pasar por bella. Este era, al parecer, el sentir y la moda en la época cervantina, y no es de extrañar que Cervantes la siguiera, máxime siendo él mismo rubio, si no miente el auto-retrato del prólogo de sus *Novelas Ejemplares*. Rubia fué también aquella misteriosa Filena, según unos, o según otros, doña Catalina de Salazar, su mujer, que retratara con el pastoril disfraz de «Galatea» en la novela del mismo nombre, cuando dice: «... Galatea, cuya hermosura era tanta que sería mejor dejarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venía vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parecía tener envidia, porque hiriéndolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz si pudiera; mas lo que salía de

la vislumbre de ellos, otro nuevo sol semejaba.» Y más adelante, lo repite en el alternado canto de los pastores Erastro y Elicio, del libro I de *La Galatea*, con estos versos no despreciables:

Blanda, suave, reposadamente,
ingrato amor, me sujetaste el día
que los cabellos de oro y bella frente
miré del sol que al sol obscurecía:
tu sosiego cruel, cual de serpiente,
en las rubias madejas se escondía,
yo por mirar al sol en los manojos,
todo vine a beberle por los ojos.
. . . . . .

Como en toda obra artística hay siempre mucho de subjetivo, no es de extrañar que la hermosura de Galatea, representando la amada de Cervantes, influyera extraordinariamente en la creación de los tipos literarios de este escritor. Los artistas dejan inconscientemente revelar las impresiones personales en los productos de su ingenio.

A pesar de lo que nuestro Glorioso Manco dijo por boca de Apolo en la *Adjunta al Parnaso*, y del Licenciado Vidriera, burlándose de los poetas, cayó él mismo en el defecto que censuraba, acudiendo también a la «platería de los cultos», como dice Quevedo en el *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, donde entre otras se hallaban trenzas de oro para cabellos y manos de marfil para garras. Prodiga abusivamente el oro y la plata, las perlas y los corales, el cristal y el nácar, el mármol y el alabastro, y demás inagotables tesoros con que los poetas del tiempo formaban mujeres de taracea y orfebrería.

Las heroínas de Cervantes son, pues, todas rubias, Galatea, Calíope, Silveria, Nisida, Dulcinea, Dorotea, Altisidora, las doncellas de las redes, la Gitanilla, Leonisa, Leocadia, Constanza, Auristela, Leonora, etc., y aun de aquellas que por su raza no sería natural que lo fuesen, como Zoraida, Ana Félix, Halima y otras, no se declara el color de su cabe-

llera. Todas la poseen rubia como el oro y brillante como el sol, salvo *La Ilustre Fregona*, y Leocadia, la de *La Fuerza de la sangre*, cuyos cabellos «salían de castaño y tocaban en rubio».

Y si del color rubio de los cabellos y la tez nacarada de las mejillas, pasamos a los ojos, observaremos la gran importancia que Cervantes concede a éstos para un rostro hermoso. Y en verdad que se halla plenamente justificada, pues ya que ellos no sean el espejo del alma, constituyen el sentido más maravilloso y la principal ventana por donde el espíritu se asoma y contempla el mundo exterior. En ellos se muestra más patente la vida, y su mudable expresión envuelve mucho de espiritual, dependiendo de ellos la luz y la animación de la fisonomía. Véase el principio de un soneto quizás escrito y dirigido por el príncipe de nuestros ingenios a doña Catalina de Salazar en la época de sus obsequios y finezas de enamorado, y que inserta en el libro II de *La Galatea:*

Ante la luz de amor, serenos ojos
que al sol dan luz con que da luz al suelo,
mi alma así se enciende, que recelo
que presto tendrá muerte, sus despojos.

Siempre han tenido admiradores los ojos negros; también los cuentan los azules, y entre unos y otros andan comúnmente partidas las opiniones; pero en los días de Cervantes el gusto tomó otro rumbo y lograron gran aplauso y boga, ¡quién lo pensara!, los «ojos verdes». Ya el autor de la *Celestina* imaginó a la hermosa Melibea con ojos de este color, y andando el tiempo vemos que casi todos los escritores coetáneos del *Quijote* pintaron a sus protagonistas dotadas de ojos verdes y, sin duda, respondían con esto a la opinión general.

La moda y el gusto por estos ojos no decayó nunca por entero, y así la vemos casi resucitada y muy fomentada por el dulce y melancólico Gustavo Adolfo Bécquer, en su hermosa leyenda *Los ojos verdes*, y en nuestros días por el

malogrado Federico García Lorca, en su canción panegírica del color verde:

Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura,
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.

Vicente Espinel, en su famosa novela *El Escudero Marcos de Obregón*, manifiesta especial cariño por los ojos verdosos, presentando dos mujeres bellas que así los tenían. El valenciano Artemidoro, describiendo en un soneto a la Virgen Madre de Dios, dechado de todas las perfecciones, decía que tenía

los ojos verdes de color de oliva.

Balbuena, Obispo de Puerto Rico, en su ya citado poema *El Bernardo*, celebrando a la encantadora Arleta, escribe que eran

verdes sus ojos, y sus luces bellas
mil soles, que son pocas mil estrellas.

Góngora, el cordobés, dice de una zagala:

Era Tisbe una pintura
hecha en lámina de plata,
un brinco de oro y cristal
un rubí y dos esmeraldas.

El entusiasta cantor de Fílida, belleza no fingida, sino real, Luis Gálvez de Montalvo, amigo personal de Cervantes y encomiador de *La Galatea*, cuenta de su heroína:

Fílida, tus ojos bellos
. . . . . .
son ojos verdes rasgados,
en el revolver suaves,
apacibles sobre graves,
mañosos y descuidados.

En *La Villana de Vallecas*, acto II, escena VIII, obra de aquel satírico fraile de la Merced que se encubrió bajo el seudónimo de Tirso de Molina, habla Don Juan de Violante:

¿Hay soles que comparar
a las niñas de los ojos,
que salen quitando enojos,
vestidos de verde mar?

No fué tampoco desdeñoso para estos encantos naturales el Monstruo de la Naturaleza, el fecundísimo Lope de Vega, genio el más pujante y creador de nuestras letras. Cantólos diversas veces en sus romances pastoriles, en sus villancicos y, sobre todo, cuando llorando sentidamente a Amarilis, dice en la escena I del acto III de *La Dorotea:*

Ya cubre poca tierra
la divina Amarilis,
honor y gloria vuestra:
aquella cuyos ojos
verdes, de amor centellas,
músicos celestiales,
orfeos de almas eran.

Los ojos verdes eran reputados por los más bellos, tanto en las mujeres rubias como en las morenas; bajo los blandos cabellos y entre las negras pestañas. El autor de *El*

Quijote así lo confirma en sus obras, y no es extraño que así fuera, puesto que seguía la moda de su época y profesaba un extraordinario y particular aprecio por el color verde, según afirma el Doctor Thebussem en un curioso artículo, de forma epistolar, dirigido al Sr. Hartzenbusch.

En *La Galatea*, la hermosa Silveria, esposa prometida del venturoso Daranio, tenía ojos verdes. Elogiando la Corregidora a Preciosa, «La Gitanilla» de Madrid, exclama: «¡Este sí que se puede decir cabello de oro! ¡Estos sí que son ojos de esmeraldas!» Parecidos encomios hace la redomada Marialonso, de *El Celoso extremeño*, otra novela cervantina, al desmenuzar en prolijo examen las facciones de Loaysa, o si se quiere, Alonso Álvarez de Soria: «¡Ay, qué ojos tan grandes y tan rasgados! ¡Y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parece sino que son esmeraldas!» Dulcinea del Toboso, la dama ideal y bellísima del *Ingenioso Hidalgo*, espejo y flor de toda hermosura, poseía también ojos verdes, a lo que decía su enamorado caballero, disputando con el redomado Sancho: «Si mal no me acuerdo, dijiste que tenía los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo que de dama; y a lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas.» Y cuenta que Don Quijote no había visto cuatro veces a Aldonza Lorenzo.

Sin embargo, el mordaz Quevedo satirizó esta moda, calificando de «pájaras» a las damas así adornadas: «Ojos verdes y azules, parecen pájaras y no mujeres», proclama en el *Libro de todas las cosas y otras muchas más;* y en el romance *El Basilisco* insiste, diciendo:

Ojos que matan, sin duda
serán negros como endrinas,
que los azules y verdes,
huelen a pájara pinta.

Cervantes, pues, en esto de la belleza externa de la mujer, sigue las ideas dominantes en su tiempo, y en general,

sus creaciones femeninas presentan el recibido tipo de los cabellos de oro, la frente de nácar, las mejillas de rosas, los labios de corales, los dientes de perlas, el cuello de alabastro. Una vez más se justifica aquello de *Los Caballeros las prefieren rubias*, que dió título a la ruidosa novela de Anita Loos, y el encanto mágico de unos ojos verdes que

a quien mató de amores
cautiva y prende,

según el cantar popular de los romances del siglo XVI.

ISIDORO MONTIEL.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Bretón de los Herreros, Manuel.—*Quién es ella* (comedia breve).
Monreal.—*La Gala de la Hermosura*, artículo publicado en *La Ilustración Española y Americana*, año 1879, núm. XXIX.
El Bernardo, libro XIV.
Cristóbal de Virués.—*El Monserrate*, canto II.
La Galatea, libros I, II, III, IV, edic. de Manuel Fernández, 1772.
Asensio.—*Filena (Cervantes y sus obras)*, Barcelona, 1902, 4.º
Adjunta al Parnaso.
Quevedo.—*Libro de todas las cosas y otras muchas más.*
Cervantes.—*Novelas Ejemplares*, edic. de Antonio Sancha, 1783.
Cervantes.—*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*
Doctor Thebussem.—*Artículo-carta al Sr. Hartzenbusch.* Museo Universal, 1869, núm. 4, 11 de julio.